



HECHOS TOCANTES

AL DIFUNTO

ARTHUR JERMYN

Y SU FAMILIA

H. P. Lovecraft

Hechos tocantes al difunto Arthur Jermyn y su familia

H. P. Lovecraft

Más escritos en DeRelatos.com

I

La vida es algo horrible, y desde el fondo de lo que sabemos de ella se asoman indicios demoníacos de la verdad que la hacen a veces mil veces más horrible. La ciencia, que ya oprime con sus espeluznantes revelaciones, será tal vez el exterminador definitivo de nuestra especie humana -si es que somos una especie separada-, pues su reserva de horrores inconfesables no podría ser soportada por los cerebros mortales si se soltara en el mundo. Si supiéramos lo que somos, haríamos lo que hizo Sir Arthur Jermyn; y Arthur Jermyn se empapó de aceite y prendió fuego a su ropa una noche. Nadie colocó los fragmentos carbonizados en una urna ni puso un monumento a quien había sido; porque se encontraron ciertos papeles y cierto objeto en una caja que hizo que los hombres desearan olvidar. Algunos de los que lo conocieron no admiten que haya existido.

Arthur Jermyn salió al páramo y se quemó después de ver el objeto empaquetado que había llegado de África. Fue este objeto, y no su peculiar aspecto personal, lo que le hizo acabar con su vida. A muchos les habría disgustado vivir si poseyeran los rasgos peculiares de Arthur Jermyn, pero él había sido poeta y erudito y no le había importado. Llevaba el conocimiento en la sangre, ya que su bisabuelo, Sir Robert Jermyn, Bt., había sido un antropólogo notable, mientras que su tatarabuelo, Sir Wade Jermyn, fue uno de los primeros exploradores de la región del Congo, y había escrito eruditamente sobre sus tribus, animales y supuestas antigüedades. De hecho, el viejo Sir Wade poseía un celo intelectual que llegaba casi a la manía; sus extrañas conjeturas sobre una civilización blanca prehistórica del Congo le valieron muchas burlas cuando se publicó su libro Observación sobre las diversas partes de África. En 1765, este intrépido explorador fue internado en un manicomio en Huntingdon.

La locura estaba en todos los Jermyns, y la gente se alegraba de que no hubiera muchos. El linaje no tuvo más ramas, y Arthur fue el último de ellos. Si no lo hubiera sido, no se puede decir qué habría hecho cuando llegó el objeto. Los Jermyn nunca parecían estar del todo bien; algo andaba mal, aunque Arthur era el peor, y los viejos retratos de la familia en Jermyn House mostraban rostros bastante bonitos antes de la época de Sir Wade. Ciertamente, la locura comenzó con Sir Wade, cuyas salvajes historias de África eran a la vez el deleite y el terror de sus pocos amigos. Se manifestaba en su colección de trofeos y especímenes, que no eran los que un hombre normal acumularía y conservaría, y aparecía de forma llamativa en la reclusión oriental en la que mantenía a su esposa. Ésta, según había dicho, era hija de un comerciante portugués que había conocido en África, y no le gustaban las costumbres inglesas. Ella, con un hijo pequeño nacido en África, lo había acompañado de regreso del segundo y más largo de sus viajes, y se había ido con él en el tercero y último, sin regresar jamás. Nadie la había visto de cerca, ni siquiera los sirvientes; porque su disposición había sido violenta y singular. Durante su breve estancia en Jermyn House, ocupó un ala apartada y fue atendida únicamente por su marido. Sir Wade era, en efecto, muy peculiar en su preocupación por su familia, pues cuando regresó a África no permitió que nadie cuidara de su joven hijo, salvo una repugnante mujer negra de Guinea. A su regreso, tras la muerte de Lady Jermyn, él mismo asumió el cuidado completo del niño.

Pero fueron las habladurías de Sir Wade, especialmente cuando estaba en sus copas, las que principalmente llevaron a sus amigos a considerarlo loco. En una época racional como la del siglo XVIII, no era prudente que un hombre culto hablara de vistas salvajes y escenas extrañas bajo la luna del Congo; de las gigantescas murallas y pilares de una ciudad olvidada, que se

desmoronaba y crecía enredadera, y de los húmedos y silenciosos escalones de piedra que descendían interminablemente hacia la oscuridad de abismales bóvedas de tesoros e inconcebibles catacumbas. Sobre todo, no era prudente desvariar sobre los seres vivos que podrían rondar por un lugar así; sobre criaturas mitad de la selva y mitad de la ciudad impiamente envejecida, criaturas fabulosas que incluso un Plinio podría describir con escepticismo; cosas que podrían haber surgido después de que los grandes simios hubieran invadido la ciudad moribunda con las murallas y los pilares, las bóvedas y las extrañas esculturas. Sin embargo, después de volver a casa por última vez, Sir Wade hablaba de esos asuntos con un entusiasmo estremecedor y extraño, sobre todo después de su tercera copa en el Knight's Head; presumiendo de lo que había encontrado en la selva y de cómo había habitado entre ruinas terribles que sólo él conocía. Y finalmente había hablado de los seres vivos de tal manera que lo llevaron al manicomio. Había mostrado poco arrepentimiento cuando lo encerraron en la habitación enrejada de Huntingdon, pues su mente se movía de forma curiosa. Desde que su hijo había empezado a salir de la infancia, le había gustado cada vez menos su casa, hasta que al final parecía temerla. El Knight's Head había sido su cuartel general, y cuando estaba confinado expresaba una vaga gratitud como si se tratara de una protección. Tres años después murió.

El hijo de Wade Jermyn, Philip, era una persona muy peculiar. A pesar de su gran parecido físico con su padre, su aspecto y su conducta eran en muchos aspectos tan toscos que era rechazado universalmente. Aunque no heredó la locura que algunos temían, era densamente estúpido y dado a breves períodos de violencia incontrolable. Era pequeño, pero intensamente poderoso, y tenía una agilidad increíble. Doce años después de sucederle en el título se casó con la hija de su guardabosques, una persona de la que se dice que era de origen gitano, pero antes de que naciera su hijo se alistó en la marina como marinero común, completando el disgusto general que sus hábitos y desplantes habían iniciado. Tras el final de la guerra americana se supo de él como marinero en un mercante en el comercio africano, teniendo una especie de reputación por sus hazañas de fuerza y escalada, pero finalmente desapareció una noche mientras su barco estaba frente a la costa del Congo.

En el hijo de Sir Philip Jermyn la peculiaridad familiar, ya aceptada, tomó un giro extraño y fatal. Alto y bastante guapo, con una especie de extraña gracia oriental a pesar de ciertas ligeras rarezas de proporción, Robert Jermyn comenzó su vida como erudito e investigador. Fue él quien estudió científicamente por primera vez la vasta colección de reliquias que su loco abuelo había traído de África, y quien hizo que el nombre de la familia fuera tan célebre en la etnología como en la exploración. En 1815, Sir Robert se casó con una hija del séptimo vizconde Brightholme y, posteriormente, fue bendecido con tres hijos, el mayor y el menor de los cuales nunca fueron vistos públicamente a causa de las deformidades mentales y corporales. Entristecido por estas desgracias familiares, el científico buscó alivio en el trabajo, e hizo dos largas expediciones al interior de África. En 1849, su segundo hijo, Nevil, una persona singularmente repelente, que parecía combinar la hosquedad de Philip Jermyn con la elegancia de los Brightholmes, se escapó con una vulgar bailarina, pero fue perdonado a su regreso al año siguiente. Volvió a Jermyn House viudo y con un hijo pequeño, Alfred, que un día sería el padre de Arthur Jermyn.

Los amigos decían que esta serie de penas fue lo que desquició la mente de Sir Robert Jermyn, aunque probablemente fue simplemente un poco del folclore africano lo que causó el desastre. El anciano erudito había estado recopilando leyendas de las tribus Onga cerca del campo de las exploraciones de su abuelo y de las suyas propias, con la esperanza de explicar de algún modo los descabellados relatos de Sir Wade sobre una ciudad perdida poblada por extrañas criaturas híbridas. Una cierta coherencia en los extraños papeles de su antepasado sugería que la imaginación del loco podría haber sido estimulada por los mitos nativos. El 19 de octubre de

1852, el explorador Samuel Seaton llamó a Jermyn House con un manuscrito de notas recogidas entre los Ongas, creyendo que ciertas leyendas de una ciudad gris de simios blancos gobernada por un dios blanco podrían resultar valiosas para el etnólogo. En su conversación probablemente aportó muchos detalles adicionales, cuya naturaleza nunca se conocerá, ya que de repente estalló una horrible serie de tragedias. Cuando Sir Robert Jermyn salió de su biblioteca, dejó atrás el cadáver estrangulado del explorador y, antes de que pudiera ser retenido, había acabado con sus tres hijos; los dos que nunca fueron vistos y el hijo que había huido. Nevil Jermyn murió en la exitosa defensa de su propio hijo de dos años, que aparentemente había sido incluido en el loco plan asesino del anciano. El propio Sir Robert, tras repetidos intentos de suicidio y una obstinada negativa a emitir un sonido articulado, murió de apoplejía en el segundo año de su confinamiento.

Sir Alfred Jermyn fue nombrado barón antes de cumplir los cuatro años, pero sus gustos nunca estuvieron a la altura de su título. A los veinte años se unió a una banda de artistas de salón de música, y a los treinta y seis abandonó a su mujer y a su hijo para viajar con un circo americano itinerante. Su final fue muy repugnante. Entre los animales de la exhibición con la que viajaba había un enorme gorila macho de color más claro que la media; una bestia sorprendentemente manejable y muy popular entre los artistas. Este gorila fascinaba a Alfred Jermyn, y en muchas ocasiones los dos se miraban durante mucho tiempo a través de las barras. Con el tiempo, Jermyn pidió y obtuvo permiso para entrenar al animal, asombrando al público y a sus compañeros con su éxito. Una mañana en Chicago, mientras el gorila y Alfred Jermyn ensayaban un combate de boxeo muy inteligente, el primero asestó un golpe con más fuerza de la habitual, hiriendo tanto el cuerpo como la dignidad del entrenador aficionado. De lo que siguió, a los miembros de "El mayor espectáculo del mundo" no les gusta hablar. No esperaban oír a Sir Alfred Jermyn emitir un grito agudo e inhumano, ni verle agarrar a su torpe antagonista con ambas manos, tirarlo al suelo de la jaula y morderle diabólicamente la peluda garganta. El gorila no estaba en guardia, pero no por mucho tiempo, y antes de que el entrenador habitual pudiera hacer algo, el cuerpo que había pertenecido a un barón ya no se reconocía.

II

Arthur Jermyn era hijo de Sir Alfred Jermyn y de una cantante de salón de música de origen desconocido. Cuando el marido y padre abandonó a su familia, la madre se llevó al niño a Jermyn House, donde no quedó nadie que se opusiera a su presencia. Ella no carecía de nociones de lo que debía ser la dignidad de un noble, y se encargó de que su hijo recibiera la mejor educación que el limitado dinero podía proporcionarle. Los recursos de la familia eran ahora tristemente escasos, y Jermyn House había caído en un lamentable deterioro, pero el joven Arthur amaba el viejo edificio y todo su contenido. No era como ningún otro Jermyn que hubiera vivido, pues era un poeta y un soñador. Algunas de las familias vecinas que habían oído hablar de la inédita esposa portuguesa del viejo Sir Wade Jermyn declararon que su sangre latina debía de estar mostrándose; pero la mayoría de las personas se limitaron a burlarse de su sensibilidad hacia la belleza, atribuyéndola a su madre de salón de música, que no era reconocida socialmente. La delicadeza poética de Arthur Jermyn era aún más notable debido a su aspecto personal tan tosco. La mayoría de los Jermyns poseían un aspecto sutilmente extraño y repelente, pero el caso de Arthur era muy llamativo. Es difícil decir a qué se parecía, pero su expresión, el ángulo de su rostro y la longitud de sus brazos producían un estremecimiento de repulsión a quienes lo conocían por primera vez.

La mente y el carácter de Arthur Jermyn compensaban su aspecto. Dotado y culto, obtuvo los máximos honores en Oxford y parecía que iba a redimir la fama intelectual de su familia. Aunque de temperamento más poético que científico, planeaba continuar el trabajo de sus antepasados en la etnología y las antigüedades africanas, utilizando la verdaderamente maravillosa aunque extraña colección de Sir Wade. Con su mente fantasiosa pensaba a menudo en la civilización prehistórica en la que el loco explorador había creído tan implícitamente, y tejía cuento tras cuento sobre la silenciosa ciudad de la selva mencionada en las notas y párrafos más salvajes de este último. Por las nebulosas declaraciones relativas a una raza sin nombre e insospechada de híbridos de la selva, tenía un sentimiento peculiar de terror y atracción mezclados, especulando sobre la posible base de tal fantasía, y tratando de obtener luz entre los datos más recientes recogidos por su bisabuelo y Samuel Seaton entre los Ongas.

En 1911, tras la muerte de su madre, Sir Arthur Jermyn decidió proseguir sus investigaciones al máximo. Vendió una parte de su patrimonio para obtener el dinero necesario, equipó una expedición y se embarcó hacia el Congo. Tras acordar con las autoridades belgas un grupo de guías, pasó un año en el país de los Onga y los Kahn, encontrando datos que superaban sus más altas expectativas. Entre los kaliris había un anciano jefe llamado Mwanu, que poseía no sólo una memoria muy retentiva, sino un grado singular de inteligencia e interés por las antiguas leyendas. Este anciano confirmó todas las historias que Jermyn había escuchado, añadiendo su propio relato sobre la ciudad de piedra y los monos blancos tal y como se lo habían contado.

Según Mwanu, la ciudad gris y las criaturas híbridas ya no existían, pues habían sido aniquiladas por los belicosos N'bangus hacía muchos años. Esta tribu, después de destruir la mayor parte de los edificios y matar a los seres vivos, se había llevado la diosa disecada que había sido el objeto de su búsqueda; la diosasimio blanca que los extraños seres adoraban, y que según la tradición congoleña era la forma de una que había reinado como princesa entre estos seres. Mwanu no tenía ni idea de qué podían ser las criaturas blancas parecidas a los simios, pero pensaba que eran los constructores de la ciudad en ruinas. Jermyn no pudo formular ninguna conjetura, pero al preguntarle detenidamente obtuvo una leyenda muy pintoresca de la diosa disecada.

Se decía que la princesasimio se había convertido en la consorte de un gran dios blanco que había salido del Oeste. Durante mucho tiempo habían reinado juntos sobre la ciudad, pero cuando tuvieron un hijo, los tres se marcharon. Más tarde, el dios y la princesa habían regresado, y a la muerte de la princesa, su divino marido había momificado el cuerpo y lo había consagrado en una gran casa de piedra, donde era venerado. Luego partió solo. La leyenda presenta aquí tres variantes. Según una de ellas, no ocurrió nada más, salvo que la diosa disecada se convirtió en un símbolo de supremacía para cualquier tribu que la poseyera. Por esta razón, los n'bangus se la llevaron. Una segunda historia contaba el regreso y la muerte de un dios a los pies de su esposa consagrada. Una tercera contaba el regreso del hijo, convertido en hombre -o en simio o en dios, según el caso- pero inconsciente de su identidad. Sin duda, los negros imaginativos habían sacado el máximo partido a los acontecimientos que pudieran estar detrás de la extravagante leyenda.

De la realidad de la ciudad de la selva descrita por el viejo Sir Wade, Arthur Jermyn no tenía más dudas; y no se asombró cuando a principios de 1912 se encontró con lo que quedaba de ella. Su tamaño debía de ser exagerado, pero las piedras que había por allí demostraban que no era una simple aldea de negros. Desgraciadamente, no se pudo encontrar ningún grabado, y el pequeño tamaño de la expedición impidió las operaciones para despejar el único pasillo visible que parecía conducir al sistema de bóvedas que Sir Wade había mencionado. Se habló de los monos blancos y de la diosa disecada con todos los jefes nativos de la región, pero quedó pendiente que un europeo mejorara los datos ofrecidos por el viejo Mwanu. M. Verhaeren, agente belga en un

puesto comercial en el Congo, creía que podía no sólo localizar, sino también obtener la diosa disecada, de la que había oído hablar vagamente; ya que los antaño poderosos n'bangus eran ahora los sumisos servidores del gobierno del rey Alberto, y con muy poca persuasión podrían ser convencidos de desprenderse de la horripilante deidad que se habían llevado. Por lo tanto, cuando Jermyn se embarcó hacia Inglaterra, lo hizo con la exultante probabilidad de que en pocos meses recibiría una reliquia etnológica de valor incalculable que confirmaba la más salvaje de las narraciones de su tatarabuelo, es decir, la más salvaje que había escuchado.

Los paisanos cercanos a Jermyn House quizás habían oído historias más disparatadas transmitidas por los antepasados que habían escuchado a Sir Wade alrededor de las mesas del Knight's Head.

Arthur Jermyn esperó con mucha paciencia la esperada caja de M. Verhaeren, mientras estudiaba con mayor diligencia los manuscritos dejados por su loco antepasado. Comenzó a sentirse muy afín a Sir Wade, y a buscar reliquias de la vida personal de éste en Inglaterra, así como de sus hazañas africanas. Los relatos orales sobre la misteriosa y reclusa esposa habían sido numerosos, pero no quedaba ninguna reliquia tangible de su estancia en Jermyn House. Jermyn se preguntó qué circunstancia había impulsado o permitido tal borrado, y decidió que la locura del marido era la causa principal. Su tatarabuela, recordó, se decía que era hija de un comerciante portugués en África. Sin duda, su herencia práctica y su conocimiento superficial del continente negro la habían llevado a despreciar los relatos de Sir Wade sobre el interior, algo que un hombre así no sería capaz de perdonar. Había muerto en África, quizá arrastrada hasta allí por un marido decidido a demostrar lo que había contado. Pero mientras Jermyn se entregaba a estas reflexiones, no podía sino sonreír ante su inutilidad, un siglo y medio después de la muerte de sus dos extraños progenitores.

En junio de 1913, llegó una carta de M. Verhaeren en la que se informaba del hallazgo de la diosa disecada. El belga afirmaba que se trataba de un objeto extraordinario, más allá de la capacidad de un profano para clasificarlo. Sólo un científico podría determinar si era humana o simia, y el proceso de determinación se vería muy obstaculizado por su estado imperfecto. El tiempo y el clima del Congo no son benévolos con las momias, sobre todo cuando su preparación es tan chapucera como parecía ser el caso. Alrededor del cuello de la criatura se había encontrado una cadena de oro con un medallón vacío en el que había dibujos de armas; sin duda, el recuerdo de algún desventurado viajero, tomado por los n'bangus y colgado de la diosa como un amuleto. Al comentar el contorno de la cara de la momia, M. Verhaeren sugirió una comparación caprichosa; o más bien, expresó un asombro humorístico sobre cómo le parecería a su interlocutor, pero estaba demasiado interesado científicamente para gastar muchas palabras en frivolidades. La diosa disecada, escribió, llegaría debidamente embalada aproximadamente un mes después de recibir la carta.

El objeto empaquetado fue entregado en Jermyn House en la tarde del 3 de agosto de 1913, siendo trasladado inmediatamente a la gran cámara que albergaba la colección de especímenes africanos tal y como la habían dispuesto Sir Robert y Arthur. La mejor manera de entender lo que sucedió es a partir de los relatos de los sirvientes y de los objetos y papeles examinados posteriormente. De los diversos relatos, el del anciano Soames, el mayordomo de la familia, es el más amplio y coherente. Según este hombre de confianza, Sir Arthur Jermyn despidió a todos de la habitación antes de abrir la caja, aunque el sonido instantáneo del martillo y el cincel demostró que no retrasó la operación. No se oyó nada durante algún tiempo; no puede estimar exactamente cuánto tiempo, pero sin duda fue menos de un cuarto de hora después cuando se oyó el horrible grito, sin duda con la voz de Jermyn. Inmediatamente después, Jermyn salió de la habitación, corriendo frenéticamente hacia el frente de la casa como si lo persiguiera algún enemigo

horrible. La expresión de su rostro, un rostro bastante espantoso en reposo, era indescriptible. Cuando estuvo cerca de la puerta principal, pareció pensar en algo y dio media vuelta en su huida, desapareciendo finalmente por las escaleras del sótano. Los sirvientes estaban completamente atónitos, y observaban a la cabeza de la escalera, pero su amo no regresó. Un olor a aceite era todo lo que subía de las regiones de abajo. Al anochecer se oyó un ruido en la puerta que conducía de la bodega al patio, y un mozo de cuadra vio a Arthur Jermyn, brillando de pies a cabeza con aceite y oliendo a ese líquido, salir furtivamente y desaparecer en el negro páramo que rodeaba la casa. Luego, en una exaltación del horror supremo, todos vieron el final. Apareció una chispa en el páramo, surgió una llama y una columna de fuego humano llegó hasta el cielo. La casa de Jermyn ya no existía.

La razón por la que los fragmentos carbonizados de Arthur Jermyn no fueron recogidos y enterrados reside en lo que se encontró después, principalmente la cosa de la caja. La diosa disecada era una visión nauseabunda, marchita y carcomida, pero era claramente un simio blanco momificado de alguna especie desconocida, menos peludo que cualquier variedad registrada, e infinitamente más cercano a la humanidad, de forma bastante chocante. Una descripción detallada sería bastante desagradable, pero hay que contar dos detalles destacados, porque encajan de forma repugnante con ciertas notas de las expediciones africanas de Sir Wade Jermyn y con las leyendas congoleñas del dios blanco y la princesa simia. Los dos detalles en cuestión son los siguientes: los brazos en el relicario de oro sobre el cuello de la criatura eran los brazos de Jermyn, y la jocosa sugerencia de M. Verhaeren sobre cierto parecido en relación con el rostro marchito se aplicaba con un horror vívido, espantoso y antinatural nada menos que al sensible Arthur Jermyn, tataranieto de Sir Wade Jermyn y una esposa desconocida. Los miembros del Real Instituto de Antropología lo quemaron y arrojaron el relicario a un pozo, y algunos de ellos no admiten que Arthur Jermyn haya existido jamás.